

pertar de nuevo, quedó sumido en la mayor tristeza. El efecto de ese sonambulismo ó de ese estado anestésico, puede producirse tambien por una extraordinaria fuerza de voluntad, ó por una poderosísima preocupacion. Que se nos conceda esto, y entónces dirémos que no puede haber para la mujer una preocupacion que iguale á la de tener que escoger entre el amor y el interes. Y si se reflexiona que habiendo cambiado el estado civil de Silia con su viudez y su libertad, que ésta tenía que seguir una conducta totalmente distinta de la que en otro caso hubiera adoptado, y que finalmente ella podía obtener un partido más ventajoso y á la vez más honorable, se comprenderá y encontrará disculpa á que ella quisiera tomarse tiempo para reflexionar sobre sus nuevas condiciones y circunstancias, así como la manera de conllevar su *próxima* viudez.

Silia explicó repetidamente á Eumolpe lo que ella pretendia de su ingenio y de su prudencia, y dió más fuerza á sus órdenes y á sus argumentos con un bolsillo lleno de oro que el griego recibió con gratitud; aunque consideró este donativo como cosa insignificante, en comparacion con las utilidades que esperaba reportar de su acceso á la casa de Silia, de los servicios que iba á prestar á ésta y del domi-

nio que sabria ejercer sobre la mujer que tan aturdidamente se le habia confiado sin conocerle.

II.

—Es imposible que veais hoy á Silia— exclamó Eumolpe al reunirse con Cneyo y con Chrysis.—Nadie ha podido alcanzar una audiencia de esa dama, y bien habréis podido ver que los más nobles patricios han sido despedidos, sin haber logrado saludarla. Yo tambien la he esperado largo rato, hasta que al cabo me ha enviado á decir con una esclava que me rogaba que volviese mañana á esta misma hora, con los extranjeros que pretendian presentarse á ella.

—Pues bien—dijo Cneyo—vcy yo mismo á hacerme anunciar y verémos si se niega tambien á recibirme.

—Guardaos bien de acometer tal empresa—dijo vivamente Eumolpe—porque no conoceis el carácter de Silia, y ademas ignorais otras circunstancias. Quien quiera que seais, Silia no os recibirá, ni nuestro aviso le sería comunicado; y si por medio de la violencia, que es difícil y arriesgado, llegaseis á penetrar hasta su retiro, la causaríais una impresion fatal, cuyas consecuencias no sabemos cuánto po-

drian influir y afectar á su salud y á su vida. Hoy es el sétimo día de la luna de Mayo, y Silia ha sido amenazada en el horóscopo de un adivino con una gran desgracia para ella y para las personas que en este día fatal se presentasen en su casa.

—¿Y no podríamos verla durante todo el día en alguna otra parte? preguntó tímidamente Chrysis.

—Si es tan grande el interes que os mueve por sólo verla—contestó Eumolpe—seguidme al Circo, en donde seguramente Silia ocupará un lugar preferente y distinguido.

—¡Al Circo!—exclamó Cneyo.—Nosotros no podemos ir al Circo en días de tanta orfandad y tristeza para nosotros.

—Por eso mismo—se apresuró á objetarle Eumolpe.—No es, por cierto, lo que os propongo el goce de un placer; como podréis ver, la fiesta de hoy no tiene tanto de espectáculo como de ceremonia pública religiosa, y el asistir á ella no puede ménos de ser agradable á los dioses. Por otra parte, no sé qué va á ser, de vosotros durante todo el día en una ciudad como ésta, que os es completamente desconocida, sin encontrar asilo en ninguna de las casas de hospedaje, que se hallan todas ocupadas por la extraordinaria afluencia de foraste-

ros que aquí han venido para presenciar la inauguracion del gran Circo romano, y sin que yo pueda tampoco ofrecérselo en mi morada, porque no tengo tiempo de conducirlos y acompañarlos á ella, á causa de ser ya la hora en que debo tambien marchar al Circo, para asistir á los juegos y para poderlos describir y celebrar en unos versos que pienso dedicar al Duunviro Bibulo, y ésta es una nueva corona poética que no me es dado renunciar.

La duda y la incertidumbre, que ya dominaban los animos de los dos hermanos, llegó á crecer más todavía con un nuevo incidente. En aquel momento acertaba á pasar por allí una cabalgata de jóvenes romanos que se dirigían al Circo montando briosos corceles. Uno de ellos detuvo un momento su caballo é hizo señas á un esclavo que le seguía para que penetrase en el palacio de Silia. Dicho esclavo, que era portador de una gran cesta cubierta con un velo, entró en la morada de Silia y volvió á salir en el acto.

—Ved ahí otra negativa de recibimiento y otro visitante rechazado—observó Eumolpe. Vamos, pues, seguidme.

El jóven patricio que habia tenido fijos los ojos en la casa de Silia se alejó; pero al partir se encontró su mirada con la de los dos jóvenes, que estaban admirando su

noble postura, su donaire y su elegancia.

Cneyo se decía: «Hé ahí un hombre cuya amistad se me figura que debe ser leal y estimable.»

Chrysis pensaba: «Hé ahí una fisonomía que revela un corazón noble y digno.»

Aquel hombre era Fausto, que siguiendo los preceptos de Ovidio (1) había adquirido cuidadosamente en el mercado y en los jardines las más hermosas frutas y las más bellas flores, enviándolas á Silia como testimonio de su homenaje y de su amor; Fausto, cuya sorpresa y emoción al fijar su vista en aquellos dos jóvenes, no fué menor que la admiración de éstos al contemplarle,

—¿Qué hacéis á la puerta de este palacio?—les preguntó.—¿Desearias entrar en la morada de Silia?

—No por cierto—se apresuró á decir Eumolpe—vamos al Circo y nos hemos detenido aquí para contemplar la magnificencia de estos edificios.

—¿Y qué?—exclamó Fausto insistiendo en este diálogo, para poder examinar á Chrysis con más detenimiento—no tenéis loca-

(1) Publio Ovidio, poeta latino que murió el año 17 de la era cristiana. *Amorus*, lib. III; *Artis amatoria*, lib. III; *Remedium amoris*, lib. I, y otras muchas obras y poesías, entre las cuales se encuentra una oda dedicada á Venus. —(N. del T.)

lidades reservadas para este noble mancebo y para esta joven tan bella? ¿Vais á obligarles á que estén confundidos entre la plebe en las gradas altas del Circo? Yo puedo ofreceros cosa mejor; seguidme: el edil Marcio es amigo mio, y yo obtendré de él una colocación más conveniente para vosotros al lado de las gradas de los caballeros y cerca del preferente lugar donde toman asiento las nobles familias de los patricios.

—Acepta mi sincera gratitud por mí y por mi hermana—contestóle Cneyo.—Estoy altamente satisfecho de tu cortesía, no por lo que con ella me ofreces, sino por ser tú quien me lo ofreces. La nobleza de tu fisonomía, que ha conquistado desde el primer momento mis simpatías, me anuncia como buen presagio que no me había equivocado al suponerte un hombre bondadoso y hospitalario.

Al escuchar Fausto tan entusiasta manifestación de Cneyo, se apeó del caballo entregando las bridas de éste al esclavo que le seguía, y fué á incorporarse con los dos jóvenes extranjeros, á quienes miraba cada vez con creciente curiosidad y atención.

—Sin que me hubieras dicho—dijo á Cneyo—que esta joven era tu hermana, me lo hubiera hecho comprender la ex-

traordinaria semejanza de vuestras facciones. Pero no es esto solamente lo que me admira, sino que además estoy sorprendido de ver que entre vuestras fisonomías y la de una noble dama de esta ciudad existe también un exacto parecido que yo no puedo explicármelo más que con una suposición, que es de todo punto imposible.

Cneyo y su hermana cruzaron una mirada de inteligencia, y el griego Eumolpe, queriendo evitar un inoportuno reconocimiento, exclamó:

—Señor, ¿por qué nos obligas á caminar por esta calle? Con esta aglomeración de gentes que marchan en masa, y que por lo visto han rendido culto á Baco antes de tiempo, no podremos dar un paso sin que seamos envueltos y atropellados.

Fausto, por toda contestación, hizo una seña al esclavo que le seguía, el cual se colocó inmediatamente delante y empezó á abrir paso separando á la muchedumbre con una vara de vid, con la cual golpeaba á los que no se apartaban diligentemente.

Sorprendióse Cneyo del abuso que de aquel modo cometía Fausto, y dijo á éste:

—¿Cómo te atreves á inferir al pueblo semejante ofensa, y cómo es que costando en Roma tanto trabajo á las faces consula-

res el abrirse paso, aquí esto es tan fácil y basta sólo el palo de un esclavo?

Como á esta interpelación de Cneyo no contestó Fausto sino con otra pregunta, será preciso explicar lo que aquél no acertaba á comprender.

Es indudable que en las colonias romanas existía un pueblo con los mismos derechos que en Roma, y en algunas, como las de Narbona y Tolosa, ese pueblo era respetable y respetado. Pero en Nemausus, en aquella ciudad cortesana y corrompida, poblada de libertos (1) infestada de gentes sospechosas que vivían bajo la vigilancia de las autoridades, y plagada con la espuma y con lo más selecto de todos los rufianes, bribones y ladronzuelos de Italia y de las Galias, aquel pueblo no era otra cosa sino un vil rebaño que los poderosos manejaban con el látigo y los espectáculos. Por esa misma razón aquel pueblo era á veces mucho más temible que otro alguno, y en las diferentes ocasiones que rompió las cadenas de su degradada humillación, tanto más feroz y cruel, cuanto mayor era su vileza, se entregó á los más grandes desórdenes, á los más escandalosos atro-

(1) Esclavos que habían obtenido la libertad y el *sus jure*.—(N. del T.)

pellos y á las más tremendas y sangrientas represalias. Ni los tiempos ni la extincion de las razas han podido borrar la tradicion del carácter de aquel pueblo, y Nimes todavía es lo que hace muchos siglos era la antigua Nemausus.

Aunque Fausto escuchó la observacion de Cneyo, no se fijó más que en una sola cosa y preguntóle:

—¿Por lo visto, vienes de Roma con tu hermana?

Cneyo, que no queria ser reconocido, y que ademas estaba alarmado por haberle oido decir á Fausto el parecido que existia en las facciones de los dos hermanos con las de una noble dama de la ciudad, se apresuró á contestar que no habia estado nunca en Roma y que venia de Marsella; pero su turbacion y su embarazo dejaron adivinar bien claramente á Fausto que Cneyo no habia dicho la verdad y que deseaba ocultarla. Esta sospecha quedó muy pronto convertida en evidencia, porque una nueva pregunta de Chrysis confirmó á Fausto en sus pensamientos:

—¿Podrémos ver á Silia en el sitio donde vas á colocarnos? — preguntó la jóven.

—Perfectamente, — contestó Fausto — porque no estaréis separados de ella más que por una de las escaleras que conducen á la grada.

—¿Quieres decirnos cómo podríamos reconocerla? — añadió la jóven.

—Probablemente — dijo Fausto — yo me colocaré á su lado ó detras de su asiento y bien podréis reconocerla por su incomparable belleza; es decir, incomparable hasta hoy, puesto que la tuya iguala ciertamente á la suya.

—¡Oh! bien sé yo que no soy tan bella como Silia; mi padre me lo ha dicho muchas veces.

—¿Tu padre conoce á Silia?

—Señor; — se apresuró á decir Cneyo, — bien has podido observar que aunque nosotros hayamos aceptado tus atenciones, no hemos intentado averiguar quien eres ni hemos procurado saber nada de lo que te sea respectivo; sin embargo de que teniamos un incuestionable derecho, porque en estos casos el que recibe debe ser más susceptible y prudente que el que da, toda vez que el obsequio no puede jamas rebajar al que lo dispensa, pero sí al que lo acepta. Te ruego, pues, que no insistas en tus indagaciones, ó de lo contrario permítenos que nos separemos de tí y que busquemos un huésped ménos atento quizás, pero tambien ménos curioso.

—Tienes razon, jóven distinguido — exclamó Fausto sin tomar á ofensa la obser-

vacion de Cneyo,—y si aún no teneis asilo en la ciudad, presentaos esta tarde en la casa de Fausto y reclamad en ella hospitalidad.

—Yo la acepto para mí y para mis pupilos—se apresuró á decir Eumolpe, que habia tenido muy poderosas razones para no querer ofrecer su morada á los dos jóvenes romanos. El rubor asomó á las mejillas de la jóven, y Cneyo nada respondió.

En aquel momento llegaban á la vista del Circo. Las inmediaciones y alrededores de aquel vasto edificio estaban inundados de vendedores de frutas y golosinas de todas especies: los unos convidaban con hojaldres hechos con harina y miel, otros interceptaban el paso con sus caballerías cargadas de naranjas y limones, y por doquiera se veían despachos ambulantes de toda clase de bebidas y refrescos, excepto el vino, cuya venta en aquel sitio estaba prohibida por mandato del Edil. Este magistrado estaba sentado en una especie de tribunal, cuya plataforma se levantaba frente á la puerta principal del Circo, y allí recibía y resolvía las reclamaciones que se le presentaban sobre la distribucion de las entradas y localidades. Fausto le llamó desde léjos la atencion para dirigirle algunas palabras; pero Marcio no aguardó si-

quiera á escucharlas, y dirigiéndose á uno de sus oficiales ó ayudantes que se hallaba situado á su espalda, le dijo:

—Id y obedeced lo que ordene Fausto.

Aquel subalterno, despues de recibir las instrucciones de Fausto, franqueó á éste la entrada con los que le acompañaban, por una puerta lateral; guiándolos y acomodándolos en un sitio preferente del anfiteatro, que estaba separado del que ocupaba el populacho y próximo á las localidades reservadas para los magistrados, para los nobles patricios y para los caballeros.

En aquella época la entrada en cualquier espectáculo público de una persona de elevada posicion era siempre seguida de un gran movimiento entre los espectadores. Generalmente la curiosidad de éstos se limitaba á fijar las miradas en el personaje recién llegado: algunas veces le concedian más favorable acogida prorumpiendo en aclamaciones ó promoviendo una gritería desaforada y soez, como manifestacion de impopularidad: los aplausos y las demostraciones de júbilo y simpatía sólo se tributaban al mérito superior, al valor acreditado y á la elegancia ó á la belleza extraordinarias. Augusto, el emperador romano más adulado y más lisonjeado por todas las clases y aún por los ciudadanos más honorables que la república

legó al imperio, aparecía muy rara vez en público sin que fuera acogido con equívocos punzantes, y muchas veces lo fué con terribles injurias, debido únicamente á la costumbre que tenía de entregarse á la lectura miéntras que se celebraban los juegos del Circo, lo cual disgustaba soberanamente al pueblo; miéntras que Tiberio, no obstante el ódio que inspiraba, obtuvo siempre más favorable recibimiento, porque dedicaba una atencion constante á los incidentes del espectáculo, manifestando con estudiada maña una fingida aficion por todo aquello que agradaba al populacho.

¡Tan fútiles son algunas veces los medios de conquistar el apoyo de las muchedumbres!

La entrada y la presencia de Fausto atrajo todas las miradas y fué señalada con ruidosos aplausos que se redoblaron y prolongaron cuando la multitud se fijó en la bella jóven á quien acompañaba.

La hermosura y la belleza eran entonces, más que hoy, un título á la consideracion y al respeto público; y los homenajes que se les tributaban no podían ofender al pudor, sino á la modestia. En nuestros días una mujer cuya entrada en un espectáculo público fuera saludada con aplausos porque fuese personalmente hermosa, po-

dria quizás halagarla interiormente, pero es seguro que ella se creería obligada á calificar de impertinentes á los autores de esos aplausos.

Chrysis tomó asiento entre su hermano y Eumolpe, y Fausto se despidió de ellos y salió.

El jóven tribuno estaba orgulloso de la acogida que habia obtenido, y lo único que le apenaba era que Silia no hubiese sido testigo de aquella ovacion. Fausto esperaba aquel éxito y habia procurado retardar su entrada para llegar despues de la esposa de Silano; pero á pesar de sus cálculos, aquélla no habia llegado aún. En vista de esto, se decidió á tomar asiento desde luégo en la localidad que debia ocupar.

Por otra parte, la entrada de Fausto acompañando á una jóven tan bella como Chrysis habia dado lugar á grandes comentarios, principalmente entre los espectadores de las gradas inferiores, que estaban ocupadas por un número considerable de jóvenes que hablaban en voz alta gesticulando y procurando de mil modos llamar la atencion y hacerse visibles. Todos ellos llevaban la toga pretexta, lo cual demostraba que pertenecian á las familias del patriciado, y algunos vestían la *trábea* (1),

(1) Traje talar.

que era el distintivo de haber ejercido algun cargo público.

— Es prodigioso — decia uno de ellos — cómo y dónde descubre Fausto las mujeres con quienes se le encuentra siempre; pero es lo cierto que él adquiere la amistad de las mujeres más bellas, ántes que nadie las conozca y ántes que nadie sepa siquiera cómo se llaman.

— Fausto no tiene que tomarse el trabajo de buscarlas — añadió otro — porque ellas todas vienen presurosas á su encuentro á fin de hacerle más fáciles sus triunfos.

— Eso que tú dices — replicó un tercero — no es siempre así, y sólo puede afirmarse con respecto á Fortunata, la esposa del Duunviro, á que su marido ha hecho pasar, merced á un falso juramento, por una mujer de noble cuna, por más que no sea otra cosa sino la hija del tahonero á quien yo compraba los panes de centeno en Marsella cuando estaba en la escuela del famoso retórico Stacio Ursulo (1). Y tambien quizás pueda decirse de Silia, cuya severa arrogancia apénas basta á encubrir su pasion, puesto que, no obstante sus treinta y seis años, se ruboriza ó se turba siempre que Fausto se le acerca: ésa si

(1) Nada se sabe de este célebre retórico más que su nombre y la tradicion de su fama.

que está locamente enamorada del tribuno.

— Ama á Fausto como á todos aquellos á quienes ella ha amado: como reclamamos. Fausto es en estos momentos el dardo que ella arroja al corazon de ese buey llamado Bíbulo: ni más ni ménos. Pero tú tienes razon al decir que no siempre alcanza Fausto semejantes victorias sino de mujeres como Silia y Fortunata; porque la jóven doncella con quien ha entrado no demuestra....

— Mira, mira — interrumpió otro de los interlocutores — observa las miradas que la cortesana Panichys dirige á la jóven. Ya la habian puesto furiosa las atenciones que Fausto tributa á Silia y ahora la presencia de esta nueva rival le va á producir convulsiones.

— ¿Estás seguro que Panichys ama todavía á Fausto?

— Puedo afirmarlo. Yo he pasado esta última noche en su casa en una francache-la deliciosa, y aunque es cierto que ella no ha negado sus favores á ninguno de los cuatro convidados de la cena, ninguno de nosotros hemos podido consolarla: Panichys se prestaba á todos nuestros antojos, pero no participaba de nuestros goces.

— ¡Por vida de Baco! Panichys es una mujer de singulares complacencias — exclamó uno de los interlocutores.

— Sus complacencias serian bien escasas para contigo — replicó el que ántes habia hablado — porque es dudoso que tu bolsa pueda pagar el más insignificante de sus favores. ¿Sabes que la fiesta de anoche nos ha costado mil sextercios?

— Me parece una cantidad exorbitante empleada en la adquisicion de un cuerpo de mármol. En sus mejores tiempos, cuando Panichys era jóven y se entregaba á sus amigos, tan sólo por el placer de otorgar sus favores, entónces sí que era una mujer bella, sentimental, festiva y siempre agradable: yo la he visto ébria durante tres días, sin procurarse un momento de reposo, dejando solamente la mesa y el festín para arrojarse al baño, y salir del baño para echarse en nuestros brazos.

La mujer que era objeto de estos comentarios observaba, en efecto, atentamente á Chrysis con insolentes miradas, y se inclinaba muy á menudo para decir algo al oído de un hombre tan miserable como ella, no sólo por la audacia de presentarse al público en compañía de una cortesana, sino por el impúdico y afeminado esmero de su porte. Iba con el pelo rizado y empolvado, llevaba las manos cargadas de sortijas de tal modo que apenas podia mover las falanges de los dedos y tenía pintadas las mejillas de carmin y las cejas de negro.

— Gnaton — le decia Panichys — ¿sabrás tú averiguar quién sea esa jóven y el mancebo que la acompaña?

— ¿Y cómo quieres tú que yo pueda averiguarlo?

— ¿No has reparado que vienen acompañados del poeta Eumolpe? ¿Tú no habrás olvidado á Eumolpe el que en Crotona (1) se hizo pasar por un opulento viajero navegante de la Libia, cuyo bajel habia perdido en un triste naufragio, y que en fuerza de hablar constantemente de las inmensas propiedades que poseia en su país, de sus numerosos esclavos y de los tesoros que guardaba en sus graneros y en sus arcas, supo vivir en la abundancia y en el lujo durante más de un año, merced á las dádivas y anticipos que muchos se apresuraban á ofrecerle con la esperanza de figurar como herederos en el testamento de un propietario tan acaudalado?

— Efectivamente, aquél es Eumolpe — dijo Gnaton. — No le hubiera reconocido por la alteracion de su fisonomía; pero no puede dejar de adivinársele por su porte y por su enfática charla que atrae y llama la

(1) Ciudad de la antigua Grecia, célebre por los vicios y la molice de sus habitantes, cuyas costumbres tuvo Platón la gloria de reformar. Hoy es Cortona.
(N. del T.)

atencion de cuantos le rodean. Yo descubriré su guarida, y de grado ó por fuerza le obligaré á declarar.

En efecto, la parte del anfiteatro reservada por el Edil para los plebeyos ricos se habia ido llenando poco á poco y Eumolpe se habia constituido el centro de un grupo que escuchaba sus eruditas peroratas con esa atencion y buena fe que ha sido siempre patrimonio de la clase media. El poeta habia empezado sus discursos criticando sobre la construccion del Circo, que á lo sumo le parecia adecuado á la importancia de una pequeña ciudad de provincia como Nemausus: y con este motivo tomó vuelo para engolfarse en ponderaciones de las maravillas que habia tenido ocasion de ver en sus viajes.

Entre la relacion de esos portentos, lo que más habia excitado la admiracion de todos habia sido la descripcion de los teatros móviles, contruidos en Roma por el cónsul Marco Publio, y que, segun explicaba Eumolpe, consistian en dos semicírculos giratorios sobre los cuales estaban contruidas las gradas en que se colocaba el pueblo, teniendo al frente cada uno un escenario ó foro particular, de manera que los espectadores del uno estaban de espaldas á los espectadores del otro, y como entre ambos existia un espacio igual á la

extension de sus respectivos diámetro., cuando terminaban las funciones ó representaciones teatrales, aquellos dos hemicírculos, cargados del público, giraban sobre unos ejes gruesísimos y de gran potencia que los sostenian, viniendo á unirse y á formar un circo donde se celebraba un nuevo espectáculo de diverso género, al cual asistia el mismo público sin haber tenido que moverse.

Al citar aquella maravillosa y atrevida construccion, ciertamente que no mentia el poeta, porque en realidad habia existido y funcionado; pero Eumolpe exageraba, no obstante, sus dimensiones llevándolas á la medida de lo imposible, y ademas se jactaba de haberlo visto, cuando no hacia más sino referir lo que sabia de oidas.

Por lo demas, á Eumolpe se le ocurría á cada instante un nuevo cuento, crítica ó anécdota adecuada á los motivos de lo que hablaba cualquiera de los circunstantes, y habiendo dicho uno de éstos que en aquel dia se habia de celebrar el combate de varios osos contra un leon, aprovechó la oportunidad de referir el lance ocurrido á Demafares, que quiso celebrar una lucha de hombres contra osos, y al efecto compró á la ciudad los criminales que estaban juzgados y sentenciados á muerte para constituirlos en combatientes; pero habien-

do fallecido todos los osos pocos días ántes del espectáculo, por maquinaciones de otros criminales amigos y compañeros de los reos, se procuraron éstos dos pieles de aquellas fieras, con las cuales se vistieron los dos más intrépidos, y los otros fueron á proponer la venta de tales osos á Demafares con la expresa recomendacion de no separarlos de la jaula donde juntos se encerraban. Demafares accedió á ello, y despues de pagar una crecida suma por las bestias, guardólas en una de las cuadras de su palacio; pero tan pronto como llegó la media noche, las dos fingidas fieras se salieron de su jaula, asesinaron á sus guardianes, dándoles de puñaladas, despues hicieron otro tanto con el portero de la casa, franqueando la entrada á los bandidos que esperaban por la parte exterior, y se entregaron todos al pillaje, apoderándose con esta estratagema de los inmensos tesoros que allí guardaba el propietario.

Una vez en el uso de la palabra, ya no era fácil que se agotase el ingenio ni la inventiva de Eumolpe para referir historias terribles de ladrones ó anécdotas de otros géneros, y una de las que más vivamente llegó á interesar al auditorio fué la de un tal llamado Timoleon, célebre ratero que, habiendo introducido el brazo por un talaro que habia practicado en la puerta de

un viejo avaro, sintió de repente que éste le clavó fuertemente la mano por la parte interior, y así aprisionado hubiera sido arrestado muy luégo por los subalternos de la justicia, que ya acudian á los desaforados gritos del avaro, si el mismo Timoleon no hubiera ordenado á sus compañeros que le amputasen inmediatamente el brazo, lo cual ejecutaron sin vacilar huyendo todos y dejando el jefe de la partida aquel testimonio sangriento de su culpable tentativa y de su animosa resolucion (1).

Entre tanto habíanse ido ocupando todas las gradas y localidades del Circo, que ya se encontraba completamente lleno, y el pueblo comenzaba á dar testimonio ruidoso de su impaciencia, con atronadora y tumultuosa gritería. En aquel momento llegaron los magistrados, tomando asiento en el sitio reservado para ellos, que era frente á la puerta de las jaulas donde estaban en-

(1) Si hemos consignado algunos de esos relatos, ha sido con el objeto de probar la semejanza que existe entre las anécdotas de la antigüedad y los cuentos de nuestros días. *El Oso y el Pacha* está tomado de una historieta antiquísima, y no es una sola ciudad de Francia la que se apropia el suceso del ladrón que se hizo cortar el brazo para escapar de la justicia. Hemos querido también que esta nota sirviese de comentario á los detalles de este espectáculo en que, cuando ménos, han de verse reproducidos, ya que no los mismos juegos, las costumbres más usuales y corrientes de la vida y de la sociedad contemporánea.

chiqueradas las fieras que habian de luchar. El departamento de las jaulas consistia en una larga y extensa bóveda, con un número considerable de portalones ó puertas corredizas de hierro, que correspondian á cada una de las celdas ó chiquerros. En aquella bóveda era donde se hacia pasar á las bestias, por via de preparacion, momentos ántes de sus salidas al Circo; y cuando ya se habian desentumecido y cobrado vigor y movimiento en aquel lugar más extenso que el de las jaulas, se les abria la puerta de la arena. Á pesar de los medios empleados para excitar la ferocidad de los animales por los mismos asentistas encargados de facilitarlos, sucedia casi siempre que en el momento de salir al Circo parecieran como espantados y aturridos; ei resplandor de la luz del sol, de lo cual habian estado privados algun tiempo, los deslumbraba; y la presencia de tantos espectadores y el ruido de tan tremendo vocerío los aturdia y asombraba. Sólo despues de irse acostumbrando era cuando desplegaban su ferocidad y todas sus facultades, enfurecidos tambien por las heridas que recibian.

Pero no anticipemos la relacion de los sucesos.

Habiendo tomado asiento los magistrados, segun queda dicho, frente á la puerta

de las jaulas y cerca de la columna, á la cual habian de llegar tres veces los carros que se presentasen á disputar el premio de las carreras, fueron entrando y colocándose sucesivamente las más distinguidas y notables damas de la ciudad. Casi todas fueron saludadas al presentarse con rumores de adulacion y muestras inequívocas de agrado y simpatía; pero Silia fué la única á quien se tributó el especial homenaje del aplauso.

La noble dama se dirigió á su asiento sostenida por una barrera de manos que á su paso se le presentaban y ofrecian para servirle de apoyo, y fué á colocarse delante del sitio que ocupaba Fausto, mientras que uno de sus vecinos sostenia su quitasol encima de su cabeza y otro de ellos deslizaba un cojin de seda bajo sus piés. Fausto, no tan atento, se arreglaba los pliegues de su palio; pero tambien ménos atrevido que sus jóvenes rivales, porque era más amante, dejaba pasar el torrente de adulaciones de que Silia era objeto, sin añadir á ellas ni una sola frase. Fausto estaba realmente confuso y turbado; pero esa modestia que la mujer traduce como falta de gentileza en el hombre á quien no ama, es un homenaje inapreciable de emociones que le tributa aquel á quien ella ama, tanto más si ese hombre tiene acre-

ditado su valor, sus finos modales, su elegancia, su elocuente palabra y el chiste de sus oportunidades. Por otra parte, Silia aparentaba no haber reparado en la presencia de Fausto y confiaba y repartía entre sus adoradores los mil objetos que llevaban las damas romanas, entregando al uno su abanico, al otro su bote de esencias, á éste las pastillas refrescantes, á aquel el ramito de flores, y así á todos los demas. Parecía que nada tenía para Fausto, pero para él eran sus pensamientos; y mientras aquella turba de aduladores sólo prestaba atención á lo que imaginaba y traducía como exterioridades y preferencias, sin fijar la vista más que en las manos, en los ojos y en el bello rostro de Silia, no pudieron notar ni percibirse de uno de sus movimientos, con el cual, inclinándose ligeramente hácia atrás, habían oprimido sus blancas espaldas las rodillas de Fausto, confirmando así á éste su enigmática declaración de aquella mañana. Así es que el jóven tribuno parecía no prestar atención ni que le afectaban en nada ninguna de las galanterías de que Silia era objeto. No sucedía lo mismo á Bibulo el duumviro, que acababa de llegar, y que, colocado con su esposa, sus hijos y unos cuantos favoritos en una especie de tribuna alfombrada de tapices y resguarda-

da de los rayos del sol por un pabellon formado con telas de seda, observaba el triunfo de Silia con visibles demostraciones de mal humor, moviéndose inquietamente en su asiento, gesticulando y llevando por último el extravío de sus necios celos hasta el punto de decir á su esposa:

— Repara en ese estúpido Fausto: ama á Silia y tolera y sufre que la adoren y galanteen de ese modo ante sus narices, sin atreverse á protestar con una sola palabra.

— Si tú estuvieras en su lugar no lo permitirías ¿no es cierto?— le contestó Fortunata con tono áspero y desagradable.

El Duumviro dirigió á su esposa una colérica mirada y respondióle:

— Fortunata, yo no te exijo cuentas de adónde pasas las horas de la mañana cuando dices que vas á los baños públicos, no obstante que los de mi palacio son más suntuosos, más cómodos y más decentes: tampoco he querido informarme ni averiguar quién fuese la persona que ocupaba el lecho de tu íntima amiga Marcia, la madre del libertino Metello, á la cual fuiste á visitar bajo pretexto de que se encontraba gravemente enferma, cuando precisamente á los pocos momentos tuve ocasión de saludarla, que regresaba de su quinta de recreo. No vigiles, pues, mis actos más de lo que yo vigilo los tuyos, y no vayamos

á comenzar una querrela, que podría ser interminable si yo quisiera exponer todos mis agravios, y que estoy resuelto á terminar de un modo serio y violento si añades uno más á los que me has inferido.

Fortunata guardó silencio aparentando prudencia, y volviendo la cabeza á un lado y á otro empezó á saludar á las varias personas que buscaban su mirada, porque aunque eran públicas las desavenencias que existían en aquel matrimonio, se sabía bien que ella ejercía una gran influencia sobre su marido por el buen manejo y ordenada administración que había establecido en su inmensa fortuna, lo cual la constituía en el mejor intendente que Bibulo podía apetecer.

Después de esto entraron los sacerdotes de los diversos templos que había en Nemausus, y detrás de todos los sacerdotes se presentaron las vestales (1), á quienes es-

(1) Sacerdotisas encargadas de mantener el fuego sagrado en los templos de Vesta. Eran elegidas por sorteo, una entre veinte que proponía el sacerdocio. En el momento de su admisión no podían contar más de diez años de edad ni menos de seis, no tener defectos corporales y ser de buen nacimiento. Los padres no podían negarse á entregarlas, excepto en los casos de ser hijas únicas ó tener una hermana vestal. Cuando quebrantaban su castidad ó dejaban apagar el fuego sagrado, eran enterradas vivas ó azotadas. Sus seductores eran azotados hasta que morían. Habitaban en el templo, y sus funciones duraban treinta años, pudiendo después de ese término abandonar

taba reservado el lugar de más preferencia y de más honor.

En seguida se abrieron las grandes puertas del Circo y comenzó al rededor de él la procesion de los dioses, cuyas imágenes eran conducidas sobre las espaldas de los sacerdotes encargados de sus respectivo culto y custodia.

Cada divinidad era acogida, lo mismo que las personas, según los diversos sentimientos que inspiraba á los espectadores.

Cuando la estatua de Vénus pasó por delante de la parte del anfiteatro donde estaban las mujeres más renombradas por su belleza y elegancia, toda la juventud más distinguida se levantó como gigantesca ola de embravecida mar atronando el espacio con sus aplausos á la diosa. Los unos arrojaban flores al Circo, los otros sus sortijas y sus joyas de más precio, y todos hacían demostraciones del más frenético entusiasmo. Pero cuando estalló con más delirio aquella manifestación fué cuando la diosa pasó frente al sitio de Silia, recibiendo materialmente una lluvia de

el sacerdocio y casarse. Su testimonio hacía fe en juicio: cuando se presentaban en público las precedía un hietor y tenían el privilegio de salvar al criminal que encontrase caminando al suplicio. Fueron instituidas por Numa.

ofrendas, porque así era como los jóvenes daban pruebas de sus simpatías y de su amor. Fausto fué el único que ni aplaudió ni arrojó ningún objeto, lo cual no pudo ménos de causar extrañeza á Silia.

—¿No rindes tributo á la diosa?—le dijo.

—No—respondió Fausto—ya Vénus no reside en los cielos, y yo reservo mis votos y mis homenajes para la diosa que la ha eclipsado en la tierra.

Silia dirigió una dulce mirada de gratitud á Fausto, dibujándose en su rostro una sonrisa de satisfacción, y extendió su torneado brazo para señalar al joven tribuno una enorme corona que en aquel momento arrojaba Panichys á la diosa. Esto dió lugar á que el populacho prorumpiera en chillidos y atronadora gritería, prolongándose aquella ruidosa manifestación de desagrado hasta que apareció la estatua de Diana, la diosa de la castidad. Entónces la plebe comenzó á aplaudir frenéticamente, no porque fuera más aficionada que la nobleza al cumplimiento de los preceptos de la diosa, sino por espíritu de oposición y contraste á los aplausos y homenajes que los jóvenes patricios habían tributado á Vénus; y así como á esta diosa le habían sido arrojadas muchas ofrendas al pasar por delante de Silia, así también

cayeron á los piés de la estatua de Diana lluvias de cintas y de mantos cuando esta otra divinidad pasó frente á la grada que ocupaba Chrysis.

—¡Ah!—gritó uno de los que estaban más próximos á Silia. Mira, Fausto: tu bella protegida ha arrojado la cinta de sus cabellos á la triple deidad. Esto no puede ser motivo de un buen pronóstico para tus planes ó esperanzas.

—¿Quién es aquella joven?—preguntó Silia visiblemente conmovida.

—Una castísima doncella—respondió Fausto—á quien he encontrado con su hermano á la puerta de vuestro palacio en compañía de un poeta llamado Eumolpe.

Silia palidecía por grados y exclamó con alterada voz:

—¿Los conocéis?

—No—dijo Fausto—pero me interesé desde el primer momento en favor de ambos por la singular semejanza que existe entre sus fisonomías y la vuestra. El hermano tiene el aspecto y la gentileza de un noble joven, y la hermana lleva retratada en el rostro la virginidad de su pureza. No he querido que esos á quienes la casualidad ha concedido el dón de parecerse tanto á Silia, estuviesen confundidos con el vil populacho, y les he procurado localidad más conveniente.